

LA BIBLIOTECA

Escribe: **ELISA MUJICA**

Desde chiquito se notaron en Demetrio predisposiciones muy marcadas por el método, la regularidad y la simetría. Le parecía que un no sé qué dejaba de funcionar como era debido, si advertía, por ejemplo, un cuadro torcido en el testero del comedor. Como en esas condiciones le resultaba imposible ingerir adecuadamente, dejaba enfriarse la sopa mientras se encaramaba sobre una silla y restablecía con delicadeza el perpendicular exacto de la cuerda que sostenía la pintura.

Cuando aprendió a leer se familiarizó con el diccionario enciclopédico y su mayor distracción consistió en agrupar en los cuadernos toda clase de vocablos, por familias lingüísticas o ideológicas. Para él constituía una aventura apasionante puntualizar las relaciones no apreciables a simple vista pero extraordinariamente lógicas y satisfactorias al caer en cuenta, reinantes por ejemplo entre "fósil" y "unicornio", o entre "ceniza" y "escorial", o entre "código" y "verdugo". Prefería anotar en columnas las palabras sueltas, como si creyera que cuando participaban en las combinaciones de las frases, aunque su campo de acción se ensanchara merced al apoyo tribal, se trataba de una apariencia y en cambio disminuían las posibilidades vírgenes e ilimitadas que ofrecían solas. Por cierto que en ocasiones, y arrastrando por un capricho, alteraba voluntariamente las normas e introducía en la fila consagrada a "permanencia", en la que se alineaban "verdad — estático indestructible", algún componente del grupo de "historia", como "fábula", "necrología", "tiempo", con lo cual provocaba un disturbio, en el que las primeras luchaban por deshacerse de las intrusas. Había voces que planteaban otra clase de problemas, como los sugeridos por "reproducción", a la vez trasunto o copia, y rescate o devolución de lo perdido, por lo que le correspondía figurar simultáneamente en dos nomenclaturas opuestas. Demetrio mostraba también afición por la construcción de pirámides, en las que utilizaba pequeños conos de madera en colores, pero su mamá lo compadecía por sus entretenimientos de niño solitario, y frecuentemente los interrumpía para conducirlo a casa de sus primos, a jugar fútbol.

Sin embargo, aquéllo debía hallarse entretejido con características indelebles de su psicología, pues al llegar la hora de escoger una carrera se inclinó por la bibliotecología, contrariando aspiraciones legítimas de su familia que contaba con su inclinación a los libros para subir más alto. En realidad, si él se hundía con fruición en los volúmenes

que caían en sus manos, no lo hacía con el ánimo de instruirse en las distintas ciencias y artes, sino de averiguar sencillamente la casilla del catálogo que le correspondía según el método Dewey. Esta tarea tampoco era exclusivamente rutinaria y sin consecuencias. Demetrio presentía que las tarjetas denotativas de materia y época, nacionalidad y escuela, influencia y carácter, representaban una especie de llave maestra. Unicamente por ese medio se cumplía el objetivo superior de demarcar fronteras y exigir las responsabilidades de cada obra.

Primero establecía, como en el caso de las palabras sueltas, cuál era el linaje, el punto de partida que englobaba libros al parecer disímiles pero en el fondo unidos por lazos consanguíneos indiscutibles. Transformada en cuestión de honor la fijación definitiva de las genealogías, contaba con la ayuda de las listas de materias, índices analíticos y tablas de consulta para casos imprevistos. Esas enumeraciones se multiplicaban en divisiones y subdivisiones, originadas en entronques colaterales, en ocasiones tenues pero indudables. Al comienzo, para dictar su fallo se basaba en la introducción o premio del libro y en los títulos de los capítulos. No obstante, por imperativo de su conciencia profesional aceptó pronto que los últimos pecaban a causa de una tendencia poética que los impulsaba a buscar fórmulas sintéticas, sin conseguirlo nunca dado el sinnúmero de matices, énfasis, subrayados y sobrentendidos de que estaba saturado el texto. Tuvo que enfrascarse, pues, en la lectura exhaustiva de las páginas, con lo que el galimatías fue todavía peor. Como las fichas analíticas señalaban los puestos en que debían alinearse los tomos en los entrepaños, cada modificación de criterio inducía al cambio de ubicación no de uno sino de los restantes volúmenes. Lo más común consistía en que permanecieran amontonados en el piso de la biblioteca durante semanas. El organismo de que Demetrio se había hecho cargo se hallaba adscrito al Concejo del Distrito y sus lectores pertenecían a la clase popular: obreros de fábricas, aprendices de oficios o pequeños dependientes de almacenes, que requerían tratados de ortografía o de ciencia contable, los cuales, sepultados bajo ingentes toneladas de papel, no aparecían cuando los solicitaban. Una tarde entró en el local una mujer que pedía un manual sobre crianza de buhos. Para atenderla hubo que escalar montañas y descender a cavernas, en algunos momentos apoyando los pies en desfiladeros formados en peligroso equilibrio por ejemplares caídos de lomo o de canto. Finalmente Demetrio logró exhumar el compendio, en la insólita compañía de mamotretos que versaban sobre filtros, alquimia e inquisición y con el añadido de un ensayo moderno de Papini, titulado "El diablo".

Gracias a su tenacidad y a un trabajo duro, que sobrepasaba con creces el horario oficial, Demetrio conjuraba los brotes de anarquía y organizaba otra vez concertadamente los anaqueles. Sin embargo, la amenaza del caos siempre lo acechaba. Quizá nunca fue tan inminente como cuando decidió emprender la clasificación taxativa de "La divina comedia", en un principio acomodada provisionalmente en el compartimiento destinado a la "literatura italiana de la edad media". Pero ese numeral adolecía de demasiadas mezclas. Reunía a autores tan dispares como Boccaccio, Petrarca y el Aretino. Por otra parte, habiendo sido la unidad italiana cosa del siglo XIX, no se justificaba en manera alguna la aludida designación, aplicada a un conglomerado en el que se confundían lombardos, boloñeses, gibelinos y güelfos, lo que le confería una curiosa semejanza con la celebración de la fiesta de navidad, enca-

bezada por las esposas de los miembros del Concejo. Allí se codeaban los ministros y los millonarios filántropos con las familias de los encargados del aseo, notables tanto por su incapacidad para llenar adecuadamente su función distrital como por su numerosa prole, que recibía con caras de palo las cornetas y los bluyines colgados del árbol.

A partir del terceto final del canto primero, Demetrio se convenció de que el género bordeaba los viajes y exploraciones científicas en verso, opinión rápidamente dejada de lado en beneficio de la que le asignaba un lugar prominente en el grupo de las disquisiciones morales. Pero ésta fue reemplazada luego por la más apropiada de divagaciones filosóficas, que la necesidad innata en él de acatar conceptos exactos descartó también, para adoptar sucesivamente los apartados consagrados a acontecimientos históricos, código penal, desahogos sobre la patria, elogio de la mujer, utopía, alegoría, ética, política, individualismo, subjetivismo, tratado poético-teológico, vida contemplativa, orden universal, ciencia hermética y mística. Cada variante provocó los derrumbes consiguientes en los sustratos de sustentación geológica de la biblioteca, con su acompañamiento de nubes de polvo, indicadísimas para contraer resfriados y adherir a las manos capas que las cuarteaban y las volvían carrasposas. Aunque Demetrio progresó mucho en su entrenamiento para levantar grandes pesos, lo que por cierto nunca se había figurado que llegaría a ocurrirle ya que la apariencia frágil de los cuerpos de papel inducía a error sobre su auténtica consistencia, no quedó satisfecho. Cada uno de los encasillamientos probables se basaba en alguna consideración válida, siendo a la vez descalificado por otra. Por eso aprovechó la reciente inauguración de las sesiones extraordinarias del Concejo a fin de dirigir un memorial en demanda de tantos ejemplares de la Divina Comedia como ordinales contenidos en el sistema decimal Dewey. Su pretensión no produjo efecto y, en medio de todo, resultó mejor, pues el asentimiento habría implicado la escogencia de un local más amplio y el nombramiento de otros bibliotecólogos para coadyuvar con él, dotados, como es natural, de clarividencias personales seguramente en pugna con las suyas propias.

Pero lo que sumergió en un maremágnum el cerebro de Demetrio (y probablemente su corazón, ya que en las cuestiones librescas sus dos órganos principales se encontraban comprometidos y marchaban al unísono) fue un reducido volumen empastado en cuero azul. Pertenecía en principio al incómodo renglón de la novelística que siempre lo había desazonado por sus numerosos enlaces, contrapesos y resonancias y por la dificultad de separar lo brotado de la imaginación de lo acontecido en la realidad. Se trataba de la vida de una niña, Palma, víctima de desarreglos emocionales y psicológicos que la convertían en desadaptada social. Por lo tanto encajaba en el guión de la patología en su intersección con lo psicopático, dentro del campo de la medicina y en el vasto territorio de las ciencias aplicadas. Pero los síntomas que padecía no se habían engendrado al azar, de una manera espontánea. Existían agentes provocadores, conductores y propagadores. Era a éstos —se dijo Demetrio— a quienes convenía desenmascarar, obligándolos a soportar en su colección los tiquetes equivalentes a la calavera y las tibias entrecruzadas de algunos frascos de las farmacias, que servían de aviso a los inexpertos.

El padre de Palma había tenido una infancia triste pues era el hijo menor de un hombre inclinado por disposiciones congénitas y porque

dependía de él que su espectáculo circense atrajera al mayor número posible de espectadores, a los abusos del mando y de la fuerza. Para enfrentarse con éxito a la competencia —reñida e inescrupulosa en esos ámbitos— debía proceder con mano firme a fin de mantener la disciplina de los artistas en sus entrenamientos de salto mortal, amaestramiento de las fieras, ejercicios de malabarismo y bufonerías y payasadas. Toda la familia cooperaba y el viejo disponía de sus tres hijos, ágiles y resistentes los dos mayores y con su misma mirada de ave de presa, al revés del último, de facciones desdibujadas y sin carácter y que se orinaba de miedo cuando le ordenaban lanzarse desde el trapecio volante a otro mecido en sentido inverso, o introducirse en la jaula de los leones, con la sola protección de una varilla de hierro calentada casi al rojo. El viejo observaba con fastidio su traza, como si estuviera obligado a soportar una cría sospechosa en su camada, más enojosa aún por no poder maliciar de ninguna intromisión espúrea, dadas las medidas moriscas implantadas en las costumbres matrimoniales desde su iniciación. El asunto se involucraba más bien con los misterios de las leyes de herencia, los genes y el tema en general de la biología, de importancia radical en los acontecimientos sucedidos luego, por lo cual Demetrio estuvo a punto de adjudicarles la génesis de la novela.

Sin embargo, no sólo influían los antecedentes paternos en el caso de la protagonista, sino los que le había transmitido la madre. Habría sido excesivo, por lo tanto, atribuir a la ontogenia la totalidad de la carga, colocada finalmente sobre los hombros de Palma, pues los parientes de su progenitora y ésta misma adolecían, ya no de lastres físicos sino de traumas y estigmas psíquicos y morales. Sometidos por su habitar económico a la esclavitud del trabajo manual, confundían la excitación reinante bajo la gran lona en las noches de gala, la plata amontonada en la taquilla, la expectativa creada por la música, el desfile de la "troupe", el lujo del vestido de la equitadora y las lentejuelas de la contorsionista, con otras tantas caras de la libertad.

Por un capricho del destino, las marcas de la servidumbre que portaban en sus cuerpos atrofiados, con espaldas enjutas y piernas enclenques, y semblantes modelados como a retazos, de rasgos sin pulir y desproporcionados, no se advertían en Dora, la que llegó a ser madre de Palma y que parecía de una sangre distinta, más ardiente y fluída. Era bonita y no lo ignoraba, como tampoco que a la larga se impondría su decisión de cambiar de estrato social y saborear los aplausos de la platea y las emociones de la pista. El hijo menor del dueño del circo la conoció por casualidad a la salida de una función y sufrió una atracción irresistible, complicada con el asombro y la gratitud por la atención con que Dora lo retribuyó desde el primer momento y de la que el pobre muchacho jamás había sido objeto. Se obstinó en la resolución de hacerla suya por el medio seguro y convincente del matrimonio católico, no obstante de la "troupe" se erizó de repugnancia por la incorporación de un miembro de diferente extracción, sin nexo conocido con las figuras famosas de la barra y la acrobacia. Incompatibilidad de caracteres, conflicto de clase, cargas ajenas a la profesión, constituyeron algunos de los puntos sugeridos a Demetrio por estos pasajes, que lo acercaron al pensamiento de que en ellos se encerraba la clave de la continuación.

A raíz del casamiento, el muchacho volvió a sentirse como cuando se elevaba en la exigua tablilla sostenida por dos lazos que, a pesar de su endeblez, representaba su único sostén antes de iniciar los vola-

tines, mientras los espectadores contenían la respiración y la corneta expelía la llamada de alerta. Conquistar el amor de su mujer le era tan urgente como, entonces, volver a asentar los pies en tierra firme. Convencido de su insignificancia personal acudía a los regalos, que Dora aceptaba como un debido homenaje. No se conformaba con una bolsa de bombones sino que deslizaba sugerencias sobre un vestido, un collar, una piel. Al marido, el viejo le cicateaba hasta la última moneda, aunque, por una de sus humoradas, al mismo tiempo le había confiado el manejo de la caja fuerte de la compañía, en la que no sólo se depositaba el dinero para los gastos de traslado y las nuevas instalaciones, la alimentación de los animales y los sueldos del personal, sino los ahorros de algunos artistas como el luchador y dos payasos. Cuando uno de éstos pretendió retirarlos se divulgó la noticia del desfalco. El reintegro, que el viejo se vió obligado a llevar a cabo en el acto para evitar a la policía, significó el golpe de gracia en la situación ya bastante desmoronada del circo. En los meses siguientes se inició la desbandada, encabezada por la pareja de equilibristas en bicicleta sobre la cuerda floja, y continuada por el prestidigitador y ventrílocuo, a cuyo cargo corría un número muy acreditado de títeres. El viejo no encontró más desahogo que colmar de injurias a su hijo y a Dora, delante de la niña de ambos, la pequeña Palma, que aprendía a dar sus primeros pasos. Los juzgaba responsables de todas sus desgracias y los únicos, por otra parte, que agachaban la cabeza y se hallaban al alcance de su sarcasmo, mientras los demás se le escapaban, felices de librarse por fin de su tiranía. Demetrio estimó que el dueño del circo denotaba con esa conducta señales inequívocas de sadismo, quizá inculcado en él desde su juventud, cuando se entregó a la difícilísima tarea de domesticar un par de oseznos blancos, y disculpó hasta cierto punto a Dora, quien no pudo resistir muchos meses ese tratamiento y abandonó a su marido, llevándose a Palma.

No se describía prolijamente en el libro la situación en que se sumió el muchacho, aunque era fácil imaginarla. Sin Dora carecía de piso, flotaba en el aire. Su desesperación actuaba como estupefaciente y lo arrastraba a los límites de la toxicomanía o la cataplexia. Inclusive llegó, él, tan pusilánime, a entrar sin la menor precaución en la jaula de Asa, la leona que, por sus pésimos modales, se había salvado de la liquidación y era la última que les quedaba en el circo.

A Dora se le brindaron otros brazos y, como era lógico, la niña, nerviosa y enfermiza, la estorbaba... No obstante, luchó por conservarla a su lado ya que, por una parte, no era una madre desalmada y, por otra, temía que se la utilizara como argumento para forzarla a regresar al circo y castigarla por su audacia al desafiar el código del clan. Del marido no se acordaba como si no existiera. Estaba lejos de figurarse que, mientras tanto y debido a una de esas casualidades que parecen preparadas sin embargo para jugar deliberadamente su papel en el momento preciso, el muchacho se había asociado con el antiguo prestidigitador y ventrílocuo, quien le descubrió aptitudes respetables para esas artes. Juntos montaron un programa, en el que se llevaba a cabo la lluvia de bolas de billar y la pesca en el aire con caña, que ellos presentaban vestidos de etiqueta, con frac y corbata blanca. Arrebataba al público y los llenó de prestigio, ya que nó de billetes pues el poder adquisitivo de los aficionados no pasaba de mediano. Lo mejor consistió en que el padre del flamante ilusionista, el propietario del circo primitivo, ahora muy de capa caída y provisto apenas de una carpa

deteriorada y de Asa, se reconcilió con él, considerando que había ingresado por fin en la tradición familiar y corroborado su sangre. El muchacho, a fin de balancear correctamente su exhibición, contrató a una malabarista y ésta no tardó en inflamarse por su patrón, ya que se impuso en cierta forma el cometido de reivindicar el buen nombre de su sexo, reparando los males causados por otra mujer. Cuando la madre de Palma, decepcionada de su aventura, envió la niña a solicitar el perdón, se enteró de que su marido no sólo no deseaba volver a ocuparse de ella sino que andaba en gestiones con el propósito de obviar las trabas legales y ejecutar su mayor anhelo: casarse nuevamente, celebrando esta vez la ceremonia por lo civil.

Quién sabe por qué sentimientos encontrados —despecho, afán de deshacerse de un obstáculo, ambición de incrustar a la hija en el ambiente que a ella la había rechazado, remordimiento— Dora no intentó recuperar a la niña. Esto lo catalogó Demetrio en el renglón de los mecanismos compensatorios, lo que estimó bastante aproximado a la certeza. En cambio que el marido, para evitar problemas en su recién reconstituido hogar, depositara a Palma en casa del abuelo, o sea en lo que quedaba del circo, como si hubiera olvidado sus sufrimientos allí o como si, apremiado por el pasado, no pudiera defenderse de entregarle otra víctima con la que se identificaba, un tributo al cual le era imposible sustraerse, turbó no poco a Demetrio pues lo juzgó como un masoquismo dotado de facultades aplacadoras, asechanza demasiado oscura para viviseccionarla.

El viejo hubo de someterse —el juzgado de menores había conceptualizado que la custodia de la niña le correspondía como pariente más cercano, ya que el padre perdió su derecho a causa de su matrimonio—. Sin quejarse aceptó otra boca para alimentar, pero no tuvo la sensación de rejuvenecimiento que le habría inspirado por ejemplo un cachorro de Asa. Físicamente, Palma era el vivo retrato del ilusionista. El abuelo decidió dedicarse en persona a entrenarla. Por desgracia no dieron resultado ni su método ni su perseverancia. El terror creaba en ella una valla que se interponía. En los ejercicios más elementales se echaba a temblar. No atendía las órdenes como si no las oyera y se quedaba paralizada en la mitad de la maroma, sin subir ni bajar. Ataxias repentinas la privaban del uso de la palabra y el viejo tomaba la, para él incomprensible mudez, como una terquedad con que su nieta lo desafiaba. A fin de convencerla apelaba a los rugidos de Asa, a su jeta peligrosamente cerca de la nuca de la muchachita. A algunas de las sesiones asistía el padre de Palma, quien aprobaba los sistemas empleados y reñía a la niña por sus increíbles tozudez e ingratitud. Le hacía notar sobre todo la paciencia y casi ternura consagradas por el abuelo a la educación de los irracionales, lo que demostraba a no dudarle su buen corazón. Un día, Palma cayó sin sentido en la pista y hubo que llamar a una enfermera para que la chequeara. La mujer regresó unas horas más tarde y pidió permiso, concedido inmediatamente y con alivio, de llevársela consigo a fin de efectuarle un tratamiento gratuito. No se supo sino hasta mucho después que era una enfermera falsa y que Palma no había ingresado en una institución de beneficencia sino en una casa de diversiones, que pagaba muy caro a sus agentes el suministro de jovencitas. Trata de blancas fue la última casilla en que Demetrio ensayó ubicar la novela.

Durante el lapso de la lectura llevó a cabo tantas modificaciones en los entrepaños, que la biblioteca terminó por presentar el aspecto de

una tierra devastada. Sus usuarios naturales se quejaron al Concejo. Se hallaban privados de la oportunidad de hacer citas, de las que dependían los ascensos a que aspiraban en sus honestas carreras. Por su parte, a Demetrio se le había desarrollado cierta tosecilla desagradable, ocasionada probablemente en una alergia al polvo. Los libros parecían ser objeto de una proliferación extraña. Se multiplicaban por doquier, en arrumes impresionantes. Jerarquizarlos y precisar la exacta dosis de culpa e inocencia incorporadas en su mixtura, superaba las fuerzas de una persona. Resultaba imposible. Para colmo, el bibliotecario adquirió una rara psicosis que lo impulsaba a esperar de las guías de su bigote un crecimiento parejo, de modo que fueran milimétricamente iguales a lado y lado. Consultaba permanentemente el espejo y se afeitaba la parte sobresaliente en relación con la otra, por lo cual su antes imponente mostacho se transformó pronto en un bozo ridículo a lo Charles Chaplin.

El Concejo no desatendió la súplica de los lectores, pero tampoco quiso prescindir totalmente de los servicios de Demetrio. Lo nombró Celador, cargo en cuyo desempeño lo hemos visto hace poco, recorriendo las salas de la biblioteca y sin apartar los ojos de los usuarios para impedir la sustracción o mutilación de los volúmenes. Naturalmente, no pasa nunca la vista por la letra impresa pero encuentra aceptable que los demás lo hagan, en especial porque la postura pacífica que adoptan mientras toman apuntes resulta sedante para quienes los contemplan. Sin embargo, concienzudo y escrupuloso como siempre, se molesta si alguien dobla una página para marcar un trozo, aunque sus protestas no le ocasionan mayores disgustos por la forma comprensiva y tolerante con que las expresa. En general, no pierde la tranquilidad y es, hasta donde puede asegurarse, realmente un hombre feliz.